RÉPLICA

Virginia Martínez Luque

Sin duda, en el contexto actual de crisis de valores, de representaciones, de identidades, la categoría estético-política de antropofagia acuñada por los modernistas brasileños resulta de suma utilidad. Pedagógicamente, teóricamente, además de política y económicamente, continuamos los latinoamericanos sumidos en una situación colonial. De allí que para muchos resulte preponderante buscar categorías y discursos propios que procuren interpretar, explicar y transformar esta realidad. La descolonización de la palabra, y de la cultura, se encuentra entre las primeras tareas a realizar para gran parte de la intelectualidad latinoamericana. En este ámbito, la antropofagia como concepto político, estético, pero también epistemológico, aparece como francamente seductor: desde una revalorización del primitivismo, deglutir al otro que es considerado valioso, al otro extranjero, pero también a aquella alteridad interna, oculta y subterránea para la alta cultura. La fórmula parece acertada, pero conlleva sus riesgos, particularmente a la hora de procurar un fundamento homogéneo que sustente a una nación moderna, caer en el mentado “colonialismo interno”, borrando diferencias y particularidades, o al menos desjerarquizándolas al subsumirlas al universo simbólico de lo nacional. *Macunaíma* presenta a las claras una identidad nacional, pero marcada justamente por su pluralidad y dinamismo, muy a pesar probablemente del propio Mario de Andrade.

Otro problema surge en el momento de determinar la capacidad y/o legitimidad de la “alta cultura” para apropiarse de la “cultura popular”, aunque esto nos introduce en un terreno más que escabroso y ameritaría todo un nuevo debate. Lo cierto es que en la obra que aquí nos compete Mario de Andrade termina construyendo un lenguaje sumamente artificial, plagado de guiños para un lector culto, en la formación de un imaginario que resulta ininteligible para la gran mayoría de los lectores. La operación se presenta como válida en tanto gesto vanguardista, de ruptura con un lenguaje anquilosado, ajeno a la realidad brasileña, pero ¿no termina el autor de *Macunaíma* postulando un lenguaje igualmente artificial y ajeno? La obra entonces es altamente valiosa como hecho estético, pero pierde su dimensión en la busca de una profunda transformación cultural y social.